

SUBJETIVIDAD Y VULNERABILIDADES EN CONTEXTOS DE DESASTRES: LAS CRISIS SOCIALES DE ORIGEN NATURAL

Sonia Pérez Tello, Catalina Arteaga Aguirre
GT 08: Desigualdad, vulnerabilidad y exclusión social

Resultado de Investigación Finalizada, inscrita en el Centro de Investigación de Vulnerabilidades y Desastres Socionaturales, Núcleo Milenio 100022 financiado por la Iniciativa Científica Milenio y el Ministerio de Economía, Fomento y Turismo del Gobierno de Chile.

La presentación pretende profundizar el debate sobre la vulnerabilidad social en Chile a partir del análisis multidisciplinar de los procesos subjetivos que se despliegan en el enfrentamiento de situaciones particulares de crisis, como son los desastres de origen natural. Para ello, se presentan resultados que describen distintas acciones individuales y colectivas emprendidas por sujetos habitantes de Chaitén –localidad expuesta a una erupción volcánica el año 2008-, analizando las redes de significados y sentidos que sustentan los enfrentamientos del riesgo. Este análisis se lleva a cabo tensionando las aproximaciones de los estudios ambientales y de las políticas del riesgo que ven en el sujeto un factor del aumento o disminución del impacto pero que poco consideran los procesos culturales e históricos que articulan su acción.

Palabras clave: Vulnerabilidad social – Desastres socionaturales – Subjetividad

1. Introducción

A pesar que en América Latina y el Caribe aumenta la frecuencia y variedad de catástrofes naturales con alto impacto social, no existe aún conocimiento sistemático respecto de las dinámicas políticas, organizacionales y sociales que se desarrollan en este contexto; tampoco encontramos estudios específicos que analicen, en el caso chileno, las formas en que las comunidades locales experimentan una situación de este tipo, a través de prácticas específicas individuales y colectivas. Sin embargo, el tema presenta creciente interés cuando en cada terremoto, tsunami o erupción volcánica los países encuentran una experiencia social y política con profundas interrogantes frente a lo que en las comunidades no se pudo prevenir, lo que no se supo preparar y lo que muchas veces no se sabe recuperar.

La vulnerabilidad ante desastres socionaturales adquiere una de sus máximas expresiones en el caso de poblaciones que se ven forzadas a migrar de sus lugares de residencia considerados “riesgosos” hacia lugares más protegidos, transformándose en “desplazados ambientales” (OIM, 2007, p. 3). Si bien el desplazamiento puede ser considerado un mecanismo para apoyar la sobrevivencia, los vacíos en torno a los procedimientos y responsabilidades han generado consecuencias adversas para las poblaciones desplazadas (Egea & Soledad, 2011), precisamente porque no se trata solamente de un simple ejercicio de traslado espacial de población, sino que “consisten en la creación de un nuevo territorio o un hábitat de vida fuera del hábitat de origen” (Chardon, 2010, p. 37), implica la creación de un nuevo espacio de vida por lo cual representaría un problema político alrededor del cual tiene que trabajar toda la colectividad y comunidad (Chardon, 2010).

El Centro de Investigación en Vulnerabilidades y Desastres Socionaturales (CIVDES), ha desarrollado diversos estudios en experiencias de crisis y emergencia, entre las que se encuentra la experiencia de desplazamiento y retorno de la comunidad de Chaitén¹, ocasionado por la erupción volcánica del 2008. La pregunta que orienta el análisis aquí presentado interroga los significados, recursos y oportunidades puestos en juego por las familias durante el proceso de retorno, luego que, una vez desplazadas a comunas aledañas, enfrentaran nuevas situaciones de vulnerabilidad por el aislamiento, la falta de vivienda y servicios y la fragmentación social ocasionada por las agresivas políticas de reasentamiento.

Con ello, se intenta dar cuenta de los procesos subjetivos que en ocasiones posibilitan y en otras impiden, la movilización de recursos y desarrollo de capacidades en situaciones críticas marcadas por un desastre socionatural. Tanto el conocimiento de las prácticas llevadas a cabo por la población, como el vínculo que éstas tienen con las iniciativas gubernamentales o privadas, permiten detectar, por una parte, las estrategias individuales y colectivas para hacer frente a estos eventos de riesgo; así como las limitaciones y desajustes que se producen con las dinámicas políticas e institucionales que se desarrollan en una emergencia de este tipo.

El trabajo de campo desarrollado en Chaitén fue realizado por el equipo de Subjetividades del CIVDES durante el año 2012. Para el presente análisis, se consideraron 5 entrevistas a informantes clave y 8 entrevistas a habitantes de Chaitén, de las cuales 2 fueron grupales.

El análisis de contenido permite detectar dinámicas persistentes de vulnerabilidad y exclusión, que se exacerban frente a un tipo de crisis específico y poco analizado, así como iniciativas individuales y colectivas que no cuentan, generalmente, con el acompañamiento institucional que las sustente.

2. Los desastres naturales como crisis sociales de vulnerabilidad

Los desastres no amenazan ni dañan a todas las sociedades por igual, sino según la conjugación de factores sociales, geográficos, socioeconómicos, culturales y políticos del territorio. Más que *naturales*, los desastres son *socionaturales*, en la medida que son una extensión de la preexistente "diversificación y polarización" de los riesgos, que actualizan el grado de vulnerabilidad social de una comunidad. La vinculación de los eventos físicos a condiciones sociales, políticas, económicas, culturales e históricas (Wilches-Chaux, 1993; Maskrey, 1993) reformula el concepto de desastre natural al de "desastre socionatural", precisamente cuando "se reconoce que los desastres son procesos históricamente construidos, producto de la acumulación de riesgos y de vulnerabilidades, relacionados con y derivados del tipo de sociedad y de economía que se han ido desarrollando con el paso del tiempo" (Amaya, 2012, p. 22).

Esta mirada de los "terremotos de clase" de Alan Riding pudo confirmarse en un gran número de los desastres sucedidos en la década del noventa en América Latina y el Caribe (Lavell, 2000), por lo que Mansilla, (1996) propone interpretar tales efectos como "espacios de vulnerabilidad" que presentan mayor impacto dada la relación con la seguridad del entorno construido a nivel sociopolítico y las condiciones socioeconómicas y estructurales de la población.

Así, la experiencia de desastres socionaturales incrementa la vulnerabilidad social al volver a las comunidades más susceptibles de daño, en la medida que profundiza desigualdades sociales previas, relega a las personas a localidades menos seguras y fragiliza los recursos para el enfrentamiento y recuperación de los impactos de la catástrofe (Cutter, Boniff & Lynn, 2003).

¹ Chaitén (Provincia de Palena, X Región de Los Lagos) fue afectada por una erupción volcánica el 2 de mayo del 2008. 1.500 familias fueron desplazadas. El desborde del Río Blanco destruyó una parte importante de la zona sur de la localidad. Cerca de 450 personas retornaron durante los primeros dos años y medio, aun cuando las autoridades consideran inhabitable el sector sur de la ciudad.

Comprender desde esta perspectiva compleja los impactos sociales observados a partir de eventos catastróficos, ha llevado a ciertos autores latinoamericanos a proponer el análisis de distintas dimensiones de vulnerabilidad que estarían jugando un papel importante en la propensión al daño. Desde Colombia, Wilches-Chaux (1993) propone 8 dimensiones: Física (localización en zonas de riesgo), Económica (nivel de pobreza), Social (grado de cohesión y organización), Política (centralización en toma de decisiones), Técnica (normas de construcción), Cultural (relación con el medioambiente), Educativa (acceso a información) e Institucional (grado de rigidez en las respuestas).

Desde nuestra perspectiva, y retomando este concepto de “vulnerabilidad global” de Wilches-Chaux, las vulnerabilidades se superponen en situaciones de desastre, convirtiendo a este último en un evento de crisis y emergencia que impacta inesperadamente los recursos y capacidades de acción de los sujetos, de una forma cualitativamente distinta a otras crisis socioeconómicas, más bien crónicas. De ahí la importancia de estudiar los márgenes de acción, las estrategias y tácticas así como las subjetividades que se construyen en esa peculiar nueva relación con el (siniestrado) entorno social y natural.

Ya variados estudios han relevado la importancia de las acciones sociales como enfrentamiento de la vulnerabilidad en caso de desastres y los efectos protectores o de mitigación que éstas tienen respecto del daño. En contexto latinoamericano, las acciones colectivas evidenciadas en la región, ponen de manifiesto una capacidad organizativa muchas veces espontánea, que prescinde incluso de intervenciones gubernamentales, dando cabida, en un primer momento posterior al desastre, a la formación de comunidades vinculadas en torno a la obtención y distribución de servicios básicos (principalmente el agua), alimentos y medicinas, así como a la provisión de seguridad y protección (Allan and Bryant, 2012). Dichas acciones toman forma de estrategias de sobrevivencia y enfrentamiento de la emergencia a través del espacio y el asentamiento en viviendas temporales y la mantención de servicios de comercio y abastecimiento. Todo ello con sorpresiva rapidez en la búsqueda del restablecimiento de niveles mínimos de normalidad.

El estudio de las capacidades sociales de las comunidades también ha diversificado sus hallazgos: la capacidad de autorganización de los sistemas sociales, así como la habilidad para construir e incrementar la capacidad de aprendizaje y adaptación han sido precisamente descritas como elementos de resiliencia social, en tanto permiten a dichos sistemas adaptarse y enfrentar los cambios sin perder las propias habilidades, haciendo uso de recursos colectivos e individuales a través de relaciones sociales compartidas (Adger & Brown, 2009; Lucini, 2013). Se ha distinguido en específico el concepto de resiliencia comunitaria, entendida como la habilidad de los miembros de la comunidad para tomar acciones colectivas, deliberar, remediar los impactos de un problema, incluyendo la habilidad para interpretar, intervenir y moverse en el medio ambiente (Pfefferbaum et al., 2005, cit. Lucini 2013, p. 62). Incluso se ha propuesto a los desastres como un movilizador de las capacidades solidarias (Suárez Ojeda, 2001).

Los procesos sociales desarrollados por los sujetos han sido también estudiados desde la clave del capital social. Variados autores han identificado este último como un factor importante de disminución de la vulnerabilidad y recuperación ante los desastres. Las acciones coordinadas, con sus normas y redes, resultan en organizaciones sociales movilizadoras de recursos y de respuestas para la comunidad. Se ha planteado que, en casos de emergencias, es la única forma de capital capaz de renovarse al momento que se amplían las relaciones sociales y los símbolos que en ellas circulan para enfrentar los desastres (Dynes, 2005; Lin, 2002; Adger, 2003; Rothstein & Stolle, 2002; Vatn, 2005).

Sin embargo, esta “base primaria” para la respuesta de la comunidad, como lo señalara Dynes, tiene también un importante componente subjetivo al integrar elementos simbólicos y afectivos en el reconocimiento de relaciones tan sustanciales para este particular tipo de redes sociales como la confianza, la reciprocidad y el intercambio. Desde una perspectiva que analice el sujeto, la sociedad no cristaliza acciones colectivas sólo en términos instrumentales, sino que interactúa a distintos niveles

(con el Estado, instituciones del mercado o grupos informales, por ejemplo) sobre la base de experiencias vividas de enfrentamiento de riesgos (Adger, 2003), de sentidos y categorizaciones sociales que colocan la toma de decisiones en un ámbito de racionalidad colectiva muchas veces implícita con uso de información tácita. Así, la capacidad de acción colectiva de Putnam, orientada a la efectividad, (Putnam, 1995) puede ser releída subjetivamente como una acción desplegada en valores y confianzas con significados construidos social e históricamente.

En este nivel de análisis, pocos estudios en el ámbito de la vulnerabilidad ante desastres interrogan los procesos sociales desde fenómenos subjetivos tales como, por ejemplo, los procesos de construcción de conocimientos en torno a las capacidades y recursos colectivos, los significados en torno a los riesgos o los símbolos activados en torno a la confianza. Fenómenos que aparecen como enclaves socioculturales que sustentan las acciones colectivas y que dan cuenta de sujetos tácticos que organizan el sentido de su experiencia de resistencia y organización en nuevas formas de vida y bienestar. Un ejemplo de ello es la unión y la solidaridad de prácticas como las ollas comunes o la organización vecinal para el apoyo en la entrega de servicios y bienes, las que aparecen fuertemente marcadas por memorias de origen de la comunidad e identidades locales que dan sentido a estas particulares acciones de reducción de la vulnerabilidad (ECO-Universidad de Concepción, 2011 ; Romero y Mendonça,2012; Pérez, Castro & Molina, s/a). Estos últimos estudios indican una insoslayable vía de análisis en la dimensión social del sujeto que enfrenta vulnerabilidades provocadas por desastres de origen natural, al evidenciar la insistente relación establecida - por los propios sujetos-, entre sus enfrentamientos al riesgo con procesos histórico comunitarios, como las tomas de terreno o las colonizaciones que dieron origen a la comunidad.

Cabe entonces el análisis de los aspectos subjetivos que, en estas particulares situaciones, se relacionan con la estructura social, política y de mercado al momento de enfrentarse la vulnerabilidad.

3. Los procesos subjetivos de la vulnerabilidad en estrategias hacia la estructura de oportunidades

En la discusión sobre pobreza, marginalidad y exclusión social, la vulnerabilidad es comprendida como la inseguridad frente a un entorno cambiante (Moser, 1996) y la baja capacidad de control de las fuerzas que modelan el propio destino (Kaztman y Filgueira, 1999; Kaztman y Wormald, 2002). Los conceptos centrales de estos autores resaltan los activos como componente central de la vulnerabilidad social, ya que ésta resultaría de recursos no articulados correctamente con la estructura de oportunidades ofrecida por el Estado, el mercado y la sociedad (Kaztman y Filgueira,1999). La teoría del AVEO (Activos, Vulnerabilidad y Estructural de Oportunidades) enfatiza la dinámica de la formación del capital potencialmente móvil, los distintos grados de control e influencia que los individuos tienen sobre los recursos, así como las diversas estrategias que ellos desarrollan para su movilización.

El papel del sujeto en esta articulación entre recursos y oportunidades en situaciones de crisis, es profundizado por las autoras de esta presentación, al proponer el estudio de las mediaciones subjetivas que sustentan las acciones de enfrentamiento de la vulnerabilidad, y al evidenciar procesos subyacentes tales como sentidos, afectos, categorizaciones sociales y significaciones del riesgo (Arteaga & Pérez, 2011). Con ello, critican el abordaje de las ciencias económicas que supone un sujeto racional y proponen un sujeto que se comporta táctica y , a la vez que estratégicamente en su cotidiana relación con la vulnerabilidad.

Aplicando este modelo de análisis a las situaciones de desastres y de desplazamientos que conllevan pérdidas de sentido de comunidad, es posible conocer problemáticas subjetivas como: nuevas relaciones con el Estado y las instituciones (Ugarte & Salgado, 2012), resignificaciones de la naturaleza (Lavell, 1993; Wilches-Chaux, 1993, 2005), reorganizaciones familiares, incertidumbres respecto a la

proyección del propio hábitat, fragilidad de la salud mental (Páez, Fernández, & Beristain, 1993) y nuevas desintegraciones sociales, entre otros. Nuestra investigación sitúa precisamente en esta relación entre desastres y vulnerabilidades, un escenario de análisis para las prácticas de los sujetos.

El estudio de los factores de vulnerabilidad tiende a realizarse comprendiendo al sujeto como variable independiente de atributos individuales o como efecto correlativo de la situación de riesgo vivida (Pérez, 2013). En el primer caso, buscan factores en características personales, reduciendo el concepto de subjetividad a condiciones individuales como: clase, casta, etnicidad, género, incapacidad, edad o envejecimiento (Blaikie et al., 1994; Cutter, Boniff & Lynn, 2003). En el segundo caso, se ha denominado vulnerabilidad subjetiva a la percepción del riesgo, entendiendo ésta como la conciencia o conocimiento del problema que se enfrenta, con la consecuente reducción de la comprensión de la subjetividad a su dimensión cognitiva. Ciertamente ha sido el paradigma psicológico y psicométrico el que más poder ha tenido en los estudios de percepción social del riesgo (Lichtenstein, Read y Combs, 1978; Slovic, 1987, 1992; Fischhoff y Slovic, 1999), influyendo en la investigación de la vulnerabilidad ante desastres al proponer la percepción psicológica del peligro como el proceso subjetivo por excelencia en la selección, organización e interpretación de la información del evento natural. (Larrain & Housley-Simpson, 1994).

Es sólo en el último decenio que los conocimientos sobre las modificaciones de las percepciones subjetivas, han dado lugar a la comprensión de un sujeto que construye activa y socialmente el riesgo que asume y del que se busca proteger (Wilches-Chaux, 1999; Wisner et al, 2004). Así, el tradicional interés por los niveles de conciencia de personas y comunidades, que daban paso a las limitadas alternativas de preocupación o negación, abren interrogantes sobre significados del riesgo, aparentemente menos correlacionados con el riesgo natural, presentes en las experiencias de autogestión y autoprotección.

Subjetivamente, el impacto de los desastres de origen natural tiene una primera expresión en la incertidumbre respecto a las decisiones que son posibles de tomar; incertidumbre que en la literatura ha sido descrita principalmente como una “falta de confianza acerca del conocimiento disponible para adoptar decisiones en forma temporal o permanente (indeterminancia) debido a limitaciones científicas, políticas, sociales o económicas” (Brown & Damery, 2009). Como tal, su fortalecimiento o debilitamiento constan de un fuerte vínculo con el conocimiento que se tenga sobre las habilidades (personales o comunitarias) para resolver los problemas, así como el conocimiento sobre los problemas mismos a los que personas y comunidades se ven enfrentados. Dichos conocimientos parecen no ser sólo estratégico-instrumentales, sino saberes que componen aprendizajes sociales, culturales, transmitidos explícita o implícitamente, pudiendo sustentar acciones coordinadas. Estas acciones se convierten así en recursos que disminuirían la incertidumbre, aumentando la confianza y amortiguando el impacto subjetivo del desastre.

Nuestros resultados avalan estas informaciones y describen además las estrategias en que se traducen.

4. Estrategias y subjetividades en el enfrentamiento de la erupción volcánica de Chaitén

Los trabajos avanzados por los investigadores de este proyecto en el caso de la evacuación de Chaitén, han sugerido tres ámbitos problemáticos en la superación de la vulnerabilidad social y que permitirían abordar otros casos de reasentamiento locales más frecuentes en eventos catastrófico de distinta índole: a) las nuevas relaciones que establecen los sujetos con el Estado a partir de sus políticas de intervención, que aumentan la desconfianza y dificultan la cohesión social; b) las nuevas configuraciones de identidad y memoria territorial, que aparentemente fortalecen la resiliencia comunitaria a costa de la continua exposición al riesgo natural y c) la emergencia de nuevos riesgos sociales no considerados y muchas veces provocados por la misma intervención de reasentamiento,

tales como la desintegración familiar, la inseguridad social, la inestabilidad productiva y la segregación residencial.

Respecto a la relación con el Estado, frente a la ausencia de respuesta de las autoridades ante problemas concretos, parte de la población recurre a modalidades de acción individuales o colectivas, para cubrir las necesidades y expectativas de la comunidad. En el caso de Chaitén, pareciera que la historia particular del territorio y de su poblamiento, hacen emerger un sentido de reconstrucción y acción colectiva arraigado que permite movilizar recursos comunitarios para enfrentar la vulnerabilidad.

Junto a las redes señaladas, aparecen manifestaciones organizadas de la población, para oponerse a acciones de las autoridades que parecen injustas, así como con el objetivo de organizar la reconstrucción y reinstalación, desarrollando soluciones colectivas a los problemas que enfrentan. Si bien destaca la capacidad de algunos habitantes para organizarse, llama asimismo la atención, la incapacidad de las autoridades para apoyar e incentivar dichas iniciativas, lo que no permite un apoyo sostenido a estrategias aparentemente temporales, en pos de generar activos perdurables en el tiempo, que posibilitarían generar otros procesos beneficiosos para la comunidad y su bienestar en el futuro. En ese marco, se advierte un distanciamiento y desresponsabilización/desafección de las autoridades –al menos del nivel central-, respecto de las problemáticas y soluciones posibles a éstas. Dicho comportamiento, sin embargo, es coherente con la lógica de un estado neoliberal, cada vez más distanciado de los problemas de la gente y de su solución, que responsabiliza a los individuos y las familias, de la gestión de sus problemas cotidianos (Arteaga y Pérez, 2011; Fraile, 2009).

Respecto al territorio, se observó que la naturaleza, el estilo de vida y la vivienda constituyen factores de arraigo en el territorio, así como recursos para la continuidad del proyecto de vida. Ello se refleja en las acciones llevadas a cabo por la población que regresa a la localidad, puesto que, pese al impedimento legal de poblar el sector sur de la ciudad, por el riesgo que representa para la población, ésta insiste en ocupar dicho espacio.

Respecto a los nuevos riesgos, la desintegración familiar es percibida como un peligro importante realizándose acciones que afectan otras dimensiones de la vida con tal de proteger este aspecto. Las estrategias desplegadas por las familias para hacer frente a las distintas etapas que suceden desde el momento de la evacuación en adelante, son similares a las que han sido reconocidas como centrales en contextos de crisis socioeconómicas de familias vulnerables urbanas. Destacan, en este sentido: las redes familiares, de amistad y vecinales, que se activan y refuerzan frente a la catástrofe. Los relatos dan cuenta de la organización de las familias ante la evacuación y las acciones de traslado a localidades con vínculos de parentesco o de amistad. En ese sentido, destacan el uso principalmente de vínculos fuertes para hacer frente a la situación, así como ausencia de apoyos institucionales permanentes.

Otras estrategias desplegadas por los habitantes de Chaitén para el enfrentamiento del desastre y la situación de vulnerabilidad, fueron: Asociación para ocupación de viviendas; Organización para venta de productos en mercado; Estrategias familiares/individuales de microemprendimiento posterior al regreso.

Asimismo, destacan elementos de asociatividad y organización, que cobran un carácter más táctico que estratégico, en la medida que son agrupaciones relativamente espontáneas para resistir frente a determinadas medidas o conseguir ciertos recursos: Asociación para resistirse a la ocupación; Asociación post desastre para la conformación de microempresas; Tácticas cotidianas para hacer frente a las malas condiciones de vida: algunos ejemplos son apoyo en cuidado de niños; traspaso de agua entre vecinos; Tácticas de resistencia frente a medidas tomadas por el gobierno.

A modo de reflexión final es posible señalar que el análisis de las vulnerabilidades sociales en contextos de desastres siconaturales, desde una perspectiva subjetiva, permite adentrarse en los sentidos de las acciones desarrolladas por los sujetos y las comunidades en dichas situaciones; a la vez que los significados que se construyen y se movilizan en contexto de emergencia. Ello permite analizar,

entonces, las modalidades en que estas poblaciones desarrollan distintas tácticas y estrategias particulares, muchas veces distanciadas de las lógicas institucionales impuestas. Asimismo, nos acerca al conocimiento de los posibles impactos que medidas específicas pueden tener en determinados grupos y producir mayor o menor vulnerabilización de sus condiciones de bienestar y calidad de vida.